

Manuel Villa

Por fin, acción del gobierno

En la polémica que se encontró la pasada semana, en torno a la llamada toma de nota de la elección del nuevo Comité Ejecutivo del Sindicato Mexicano de Electricistas, surgió una declaración que pareciera ser sólo de circunstancia, pero que merece ser analizada. El secretario del Trabajo, Javier Lozano, argumentó: "Ellos están acostumbrados al chantaje, pero eso se acabó. No se vale que afecten a personas ajenas a este conflicto" (El Universal, 7-oct-2009).

En efecto, parece ser sólo una afirmación más en el intercambio de frases entre el reeleccionista dirigente Martín Esparza y el secretario del Trabajo. Quizás éste la soltó con ánimo de contundencia inmediata y nada más. Sin embargo, tocó fondo. Fue al corazón mismo del sistema de contienda y convivencia política que generó la descomposición del sistema priista. Una burocracia se apoderó de la cúpula del Estado, más específicamente del Sector Público; no dictatorialmente, porque estaba sometida al requisito de movilidad relativa que impone el principio de no reelección, pero sí oligárquicamente, porque el mecanismo de dominio era inamovible. Para que ello fuera posible, otros grupos dominantes tendrían que perpetuarse.

En tales condiciones, sobre todo a partir del gobierno de Luis Echeverría, se exacerbó el control burocrático y se deterioró la legitimidad. El mayor problema para la nación fue que convirtió a la cúpula priista, como todavía ocurre, junto

con las partidocracias, en organismos irresponsables ante la sociedad. Es decir, si se mantienen en el poder es por su habilidad para repartir prebendas, o para pagar chantajes, con los recursos públicos, a otros que les disputan poder, así como para chantajear a los ciudadanos con ficciones so-

bre la estabilidad, el beneficio de los pobres, etcétera. Como ahora hacen en el Congreso, oponiéndose a todo, hasta satisfacer sus particulares intereses, ya sea en nombre de la nación o de

los pobres. En este sistema de chantajes, las cúpulas sindicales fueron las más favorecidas. Al menos por dos razones. La reelección les garantizaba permanencia sobre la burocracia gobernante y el control de bienes o servicios de la empresa, petróleo,

educación o electricidad, capacidad de afectar a la población y a la economía, infringiendo altos costos políticos a la burocracia. Además, como la cúpula priista se postulaba benefactora nacional, aunque carente de autoridad moral, resultaba muy vulnerable a la coacción. En realidad, pagaba transfiriendo los costos a la nación. Es decir, el que chantajea lo hace porque no tiene que rendir cuentas. Los jefes sindicales no le rinden cuentas a nadie. Como ahora lo pretende Esparza. Los gobernantes no le rinden cuentas a nadie, como todavía ocurre.

No se trata de oponerse al sindicalismo. Incluso, si tuviera que adoptar una etiqueta, algo bastante desagradable, preferiría la de sindicalista. Sólo que la discusión no es sobre posiciones sociopolíticas ni ideológicas, sino sobre realidades y alcances de las organizaciones. El sindicato ha si-

do un modo de organización saludable para la economía, el mercado y el capitalismo en general. Ha creado importantes equilibrios desde el punto de vista de la empresa y desde el punto de vista de la relación mercado-sociedad. El problema no está ahí, sino en la sobrevivencia de un plantea-

miento en su origen saludable, pero falaz. El papel de los sindicatos como organismos llamados a luchar por el bien de todos. No sólo no ha ocurrido así, sino que el sindicalismo probó, como muchos autores lo han evidenciado, estar determinado por las exigencias que imponen los intereses de sus agremiados sobre cualquier otro interés, y por el poder de los dirigentes.

Esto es lo cierto: Martín Esparza y sus asociados, mediante el control sindical, mantienen como rehén a la nación, obteniendo desmesuradas prebendas, a través de una empresa quebrada. Y eso, tener de rehén a la nación, plantea un serio problema de Estado. Y debe quedar claro a Esparza y sus clique, que por ello es imprescindible coincidir con el gobierno y exigirle ir adelante.

No se puede menos que estar de acuerdo con el secretario Javier Alarcón. No hay que ceder a chantajes. Sólo que, mientras así sea en todo, y para todo. ☒

manuelvilla@hotmail.com

Político-consultor



Fecha 12.10.2009	Sección Opinión	Página 30
---------------------	--------------------	--------------

La reelección les garantizaba permanencia sobre la burocracia gobernante y el control de bienes o servicios de la empresa, petróleo, educación o electricidad, capacidad de afectar a la población y a la economía, infringiendo altos costos políticos a la burocracia. Además, como la cúpula priista se postulaba benefactora nacional, aunque carente de autoridad moral, resultaba muy vulnerable a la coacción
